

carta de Sus Altezas que mandaban entregarle dos carabelas armadas y equipadas.

Aunque el puerto de Palos debía suministrar á sus propias expensas los hombres de las tripulaciones, bajo pena de una multa de diez mil maravedís á beneficio de la cámara real, dignábanse los Soberanos concederles igual paga que en los buques de guerra, y adelantarles cuatro pagas al embarcarse. Además, al volver de la expedición, si podían exhibir un certificado de buena conducta, librada por su jefe, quedarían indultados de lo restante de la condena. Las autoridades de Palos respondieron que se obedecería á aquel mandato con la sumisión debida á las órdenes de los Reyes, de todo lo cual extendió la debida acta el notario público en presencia de Fernando de Salto, procurador del municipio de Palos, asistido de dos testigos, á saber: el alcalde Lorenzo de Escarrana y García Fernández Carnero. En Moguer se hizo también igual publicación (1).

Sin embargo, cuando se supo que se trataba de ir á navegar al Oeste, hasta el MAR TENEBROSO, extendióse la consternación á todas las casas, y el horror se apoderó de todos los marinos. ¡El MAR TENEBROSO! este solo nombre helaba de espanto á los más intrépidos.

No debe extrañarnos en aquella época este temor natural y casi lógico, puesto que se apoyaba en el raciocinio. El telescopio no se había sumergido aún en el éter para medir el espacio, contar los millones de soles de la vía láctea, tomar la proyección de las montañas de la Luna, contar los satélites de Júpiter y Urano, descomponer el triple anillo de Saturno, pesar las diversas moles, calcular las diferentes velocidades de los mundos que gravitan alrededor de nuestro sol. Todavía no se habían fijado la composición, volumen y peso de la Tierra. Su forma quedaba indeterminada.

Decían unos que era plana y larga, continuada indefinidamente por el Océano inconmensurable; otros la suponían cuadrada, colocada en el centro de hielos y del mar sin límites. Negábase radicalmente que hubiera antípodas. Admitíanse «zonas inhabitables.» A consecuencia de las imperfecciones de la náutica, las doctrinas de los cosmógrafos eran extravagantes y contradictorias como el caos. No debe pues sorprender á nadie que esta confusión se reflejara en las inteligencias. En el entendimiento, lo desconocido raya en lo tenebroso; y las tinieblas son formidables para toda criatura mortal. Creíase que el caos, el Erebo, se ocultaba en las últimas profundidades de ese mar que todos los cosmógrafos designaban con el nombre de TENEBROSO; porque, según el geógrafo de Nubia, el sherif Edrysi, y al decir de los navegantes árabes, al aproximarse á sus costas, se encuentran «fuertes

(1) Real Sobre-Carta.—*Suplem. prim. á la colec. diplom.*, núm. VIII.

corrientes, aguas oscuras y poca luz en la atmósfera.» La incertidumbre y oscuridad de la ciencia, con respecto á ese mar, parecían justificar esta espantosa denominación. En el MAR TENEBROSO se embestían los torrentes pelágicos que remolineaban los abismos, en cuyos senos se divertían Behemoth y el gran Leviatan escoltados por monstruos inferiores.

Todas las obras de Geografía acreditaban el horror que todos tenían al MAR TENEBROSO, porque en los mapas de los cosmógrafos veíanse dibujadas alrededor de estas palabras terribles «MARE TENEBROSUM» figuras horribles, comparadas con las cuales tenían fisonomías benignas los ciclopes, grifos y centauros. Prohibiendo el Corán á los geógrafos árabes el reproducir figuras de animales, se limitaban á caracterizar este mar por medio de un signo, cuya sombría unidad, sin espantar de pronto la vista, trastornaba la imaginación. Era una mano encorvada y negra, ¡la de Satanás! levantándose del abismo á la superficie, y dispuesta á llevarse tras sí á las profundidades de los abismos á los navegantes bastante temerarios para desafiar las aguas del BAHR-AL-TALMET.

Y no eran estos solos los peligros que creían correr los exploradores. Adversarios gigantescos podían repentinamente echarse encima de las elevadas regiones del aire. En aquellas latitudes se cernía sobre sus inmensas alas el pájaro rock, que con su pico levantaba no un hombre ó una barca, sino un navío cargado con toda su tripulación, se lo llevaba á la región de las nubes, y desde aquella elevación, se divertía haciéndolo pedazos con sus garras, para dejarlo caer á pedazos en las horribles aguas del MAR TENEBROSO. Ciertos pasajes de autores graves atestiguan que en aquella época ellos mismos participaban de la creencia vulgar. Precisamente aquel año, el jurisconsulto Fernando de Rojas, en el prefacio de un libro prohibido, hablaba formalmente del pájaro rock. El duque de Arion, virey de Méjico, creía, más de un siglo después del descubrimiento de América, que en la parte desconocida de la Nueva España vivían águilas de dos cabezas (1).

Fácilmente se explicarán estas creencias en aquella época, recordando que entonces no existía un solo mapamundi que, por medio de imágenes de monstruos á cual más horribles, no indicara los grados próximos á la línea equinoccial. ¿Cómo podían haberse librado del error común el pueblo y los marineros? Ir al MAR TENEBROSO, equivalía á arrostrar la combustión por los rayos del sol, engolfarse en la oscuridad del caos, exponerse á ser destruido en los aires ó sepultado bajo el eterno abismo del Océano. Y los intrépidos pilotos que habían frecuentado á Lisboa ó navegado á Canarias y á las Azores, aunque para ellos disminuía mucho el

(1) Solorzano y Peyrera, *Política indiana*, lib. I, cap. vi, § xxxi. — Anotaciones por don Francisco Ramiro de Valenzuela, relator en el Supremo Consejo de las Indias.

terror de esos espantos, sin embargo no estaban ménos convencidos de la imposibilidad de cruzar jamas el MAR TENEBROSO, el horrible BAH-AL-TALMET de los árabes.

Entre tanto pasaba el tiempo. A pesar de la real órden, y su protesta de obediencia, las autoridades de Palos no habian proporcionado aún ninguna carabela. El surgidero estaba completamente desierto. Todos los propietarios de buques iban á ocultarlos en las calas apartadas ó los llevaban á otros puertos, para sustraerlos á la requisita.

El 20 de junio, informada la reina de este obstáculo, envió á Palos al guardia de corps Juan de Peñasola, hombre enérgico, con poderes para imponer una multa de doscientos maravedis, por cada día de retardo, á los que se negaran á la ejecucion de sus órdenes. Estaba ademias autorizado para mandar prender en la costa de Andalucía todo buque y cualquier marino que le pareciera adecuado para aquel nuevo servicio.

Fué aquello un gran conflicto para los propietarios de embarcaciones y marineros. Hubo discusiones y resistencias: añadiéronse promesas á las súplicas; pero el armamento no adelantaba más por esto. Miéntras tanto Juan de Peñasola mandó coger á viva fuerza una carabela muy velera, llamada la *Pinta*, que pertenecía por mitad á dos habitantes de Palos: Gomez Rascon y Cristóbal Quintero. Aquellos hombres teniéndose por perdidos á sí mismos, y á su buque y fortuna, maldecian la llegada del genoves charlatan é intrigante que habia sorprendido á la prudencia de los Reyes la órden de aquella navegacion desastrosa.

Los calafates, los carpinteros de ribera se fingian enfermos ó se ocultaban, para no verse obligados á trabajar en la reparacion de la carabela. No se hallaba madera, ni estopa, ni alquitran, ni cables. El riguroso mandato dado á Juan de Peñasola no tenia mejor resultado que los discursos de Colon. Se necesitaban tres buques, y sólo se tenia uno. Sombria exasperacion agitaba ya los ánimos.

En aquella critica situacion, el celo del padre Juan Perez acudió al auxilio de su amigo y de la poblacion conmovida.

El franciscano es naturalmente simpático al pueblo, por causa de la pobreza de su vida y de la humildad de su hábito. Es amado del pueblo, porque visiblemente él le ama. Su modesta familiaridad le atrae, como su abnegacion le interesa. Ademias, el Guardian de la Rábida gozaba de gran consideracion personal entre la gente de mar. Mezclábase con los marineros, se chanceaba de su terror, tranquilizaba á sus familias; y con sus palabras y demostraciones, iba hasta á los puertos vecinos para hacer alistamientos. El celoso franciscano esperaba de aquella expedicion la extension del reino de Jesucristo; una gran gloria para la Iglesia, la primera que habia dado alientos al descubrimiento, y un beneficio para la civiliza-

cion (1). Comprendia, como tan exactamente lo habia dicho la reina, que Colon iba «á los espacios del Océano para realizar cosas muy importantes al servicio de Dios (2).» Aunque defendiendo á su huésped, sostuvo, sin saberlo, sus propias ideas; tomaba por amor al catolicismo una parte activa en su obra, se honraba de cooperar á ella con su apostolado, de servir tambien á la realizacion del deseo del bienaventurado fundador de la Órden seráfica, cuyo celo hubiera querido predicar en todo el universo la cruz y la pobreza de Jesucristo. Trabajaba tambien de corazon el padre Juan Perez en animar á los débiles y decidir á los que vacilaban. Preparaba el reclutamiento de las tripulaciones con su palabra persuasiva y la autoridad de su ciencia.

Iba unas veces solo, otras acompañado de su amigo; pero donde quiera que se veia á Colon, habia la seguridad de descubrir tambien al Guardian de la Rábida. Multiplicábase de una manera prodigiosa. La actividad de su celo produjo sensacion en toda la comarca, y los que de él fueron testigos conservaban su recuerdo despues de trascurridos más de veinte años. Y cuando ya habia desaparecido de la memoria de algunas personas el nombre del padre Juan Perez de Marchena, el hábito del franciscano habia tambien dejado allí su recuerdo. No podia hablarse de la partida de Colon sin acordarse de que le acompañaba un franciscano, que le asistia y defendia en todas partes (3).

Con todo, á pesar de la asistencia del padre Juan Perez, el espanto, la rutina, un cuento ridiculo deshacian á menudo en una sola velada el resultado de su predicacion náutica de varios días. Obran las pruebas de que en aquella época, en la costa de Andalucía, no se hablaba más que de aquella expedicion. Todos los marineros tenian por quimérica la idea de un descubrimiento de tierras en el MAR TENEBROSO, razon por la cual ningun piloto queria embarcarse (4).

El Guardian de la Rábida apeló á un recurso decisivo.

(1) «Disponiendo los ánimos de los marineros, y los demás á emprender la jornada, de que siempre se prometió felicisimos sucesos.» — Fr. Pedro Simon, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*, not. 3, cap. xiv.

(2) «Á algunas partes de la mar Océana, sobre cosas muy complideras á servicio de Dios é nuestro.» — *Suplemento primero á la coleccion diplomática*, núm. vii.

(3) Pleyto.—Probanzas del Almirante. *Pregunta primera*. — «Andando negociando de ir á descubrir las Indias con fraile de S. Francisco que andaba con el dicho Almirante.» — *Supl. prim. á la colec. diplom.*

(4) Deposicion de Juan Rodriguez de Mafra. — «Y no quiso ir por tener el descubrimiento por cosa vana como todos.» — Pleyto. *Pregunta 15. Suplem. primer. á la colec. diplom. tom. II, pág. 570.*

§ V.

Existía entonces en Palos una familia rica y considerada, cuya casa, que poco há subsistía, parecía haber sido la más hermosa de aquella pequeña ciudad. Pertenecía á los tres hermanos Pinzon, todos tres marinos experimentados. Juan Perez de Marchena hizo conocer á Colon el mayor de los tres hermanos, Martin Alonso Pinzon. Era hombre teórico y experimentado en las cosas de mar.

La idea de un viaje al través del MAR TENEBROSO, que aterrorizaba á todos los marinos de Andalucía, no espantó en manera alguna á Martin Alonso Pinzon. Poco tiempo hacia que había vuelto de Roma, á donde su comercio le había llevado ya varias veces. En este último viaje había traído de allá algunas ideas que le habían preparado naturalmente para las grandes miras de Colon.

Martin Alonso Pinzon conocía particularmente uno de los bibliotecarios del papa Inocencio VIII, quien, segun decian, era muy versado en Geografía. Este sabio le había mostrado un mapamundi en el que se hallaba indicada en el mar Océano una tierra sin nombre, hácia el occidente. De la misma manera que el Guardian de la Rábida había tenido el presentimiento de las tierras desconocidas, el cosmógrafo de la biblioteca papal se había quizás elevado á las mismas ideas. Fuera de esto, la idea de Colon no podía absolutamente ignorarse en Roma. Sabemos que en la época de su correspondencia con Toscanelli, este frecuentaba la corte pontificia. Desde la capital del mundo cristiano escribió el sabio florentino su segunda carta al navegante genoves (1). No es creible que residiendo Toscanelli en Roma, para ensanchar sus conocimientos cosmográficos, interrogando á los viajeros que llegaban allí de los países lejanos, no hubiese tenido noticia de este osado proyecto de descubrir el extremo de Asia por el camino del occidente.

Este proyecto que debía producir tan grandes resultados para la Iglesia, no podía ser indiferente al sucesor del Principe de los apóstoles. Hacia ya algunos años que la Santa Sede estaba informada de las ideas de Colon, y este designio interesaba más todavía al padre Santo, porque había sido inspirado á uno de sus compatriotas. Habíase tratado indudablemente de él en diversas épocas, ya por el ex-legado Antonio Geraldini, ya por el embajador español Estrada, ya por la

(1) Esta carta, sin fecha, fué escrita en Roma; no puede dudarse de ello, por estas expresiones: «... e vera informazione di uomini illustri e di gran sapere, che son venuti di detti luoghi in questa corte di Roma, etc.» - *Lettere di Paolo Toscanelli fisico fiorentino*.—Bossi, Appéndice, núm. 1.

correspondencia del conde de Tendilla, el antiguo enviado de Castilla, y sobre todo, por el Nuncio apostólico, monseñor Bartolomé Scandiano. Las ulteriores relaciones de Cristóbal Colon con la Santa Sede demuestran que él debió comunicar primeramente su resolucíon al jefe de la Iglesia, y pedir su bendicíon para el objeto de sus trabajos. Asi lo afirma la tradicíon constante que la Roma de nuestra época recuerda todavía (1). La familia del Papa Inocencio VIII sabía el interés que se tomaba el ilustre Pontífice por el proyecto de Colon; y por esto hizo grabar en su sepulcro (2) su íntima participacíon en el descubrimiento cuya noticia no tuvo la satisfacíon de saber en esta tierra.

Tenemos fundamentos para no abrigar ninguna duda acerca de este mapa que indicaba una tierra por descubrir. Semejante indicacíon podía existir por el efecto de esa misteriosa iniciativa de las grandes cosas peculiar de la Iglesia romana, ó como consecuencia y testimonio de la comunicacíon precedente de las ideas de Colon, sometida directamente por el mismo al Sumo Pontífice.

El jóven Arias Perez Pinzon, que acompañaba á su padre en dicho viaje, asistió á sus disertaciones cosmográficas con el bibliotecario. Vió que este sabio entregaba á su padre la copia del mapa, que él se llevó consigo cuidadosamente, con la intencíon quizás de probar algun día el descubrimiento. Un habitante de Huelva, Anton Hernández Colmenero, familiar de la casa Pinzon, había oído leer en Roma la descripcíon de ese mapa, yendo en compañía de su patron, Martin Alonso. Los primos y amigos de Pinzon, entre otros el piloto Juan de Ungría, Luis del Valle y Martin Nuñez tuvieron conocimiento de ese documento (3).

Sea de esto lo que fuere, se allanaron todas las dificultades luégo que se hubieron puesto en relacion Martin Alonso Pinzon de vuelta de Roma, y Cristóbal Colon que tenía relaciones en la capital del Catolicismo (4).

(1) Breve de Su Santidad, dado en Roma el 10 de diciembre de 1851.

(2) Bonnamus, *Numismata Pontificum romanorum*, tom. 1, fól. cx et sequ.

(3) Pleyto. *Probanzas del Fiscal*. Preguntas xi, xii.

(4) Esta influencia de Roma, tan decisiva para la expedicíon disgusta á la escuela protestante. No sabiendo Washington Irving que objetar á estos hechos, los ha callado. Pero el ilustre Humboldt no ha querido retroceder ante su lógica. En su completa ignorancia de la piedad y de la dignidad católica, sin respetar su propio nombre, con una ligereza que la justicia literaria no podría censurar nunca suficientemente, se atreve á suponer una connivencia entre el mayor de los Pinzon y Colon, y por consiguiente con el Guardian de la Rábida que no se separaba en nada de su amigo, para engañar al pueblo, é inventar la fábula de un mapa traído de Roma, á fin de captarse de este modo la confianza pública. El silencio de la sorpresa y de la tristeza es la única respuesta que debe esperar esta miserable é infundada explicacíon.

Ademas de la imposibilidad de semejante acuerdo con hombres del carácter de Juan Perez y de Cristóbal Colon, bueno es recordar que mucho tiempo despues de la muerte de los tres supuestos cómplices, la Informacíon del Fiscal contra el sucesor del Almirante de las Indias hizo parecer las pruebas olvidadas de ese viaje á Roma y de la comunicacíon que allí recibió Martin Alonso Pinzon. La Informacíon recogió las deposiciones de testigos oculares.